

COROS: WALDEN

*Los hombres se acostarán panza arriba, hablarán de la caída de la humanidad,
sin hacer jamás el menor esfuerzo por volver a levantarse.*

THOREAU

Pongamos que era lunes, cuatro de la tarde a la sombra gris agua sucia de la ventana —esa penumbra típica de cuartucho de hotel asomado al hollín de los tejados en tantas ciudades americanas, cuyas calles desoladas y ruinosas invitan al paseante a dar media vuelta antes de adentrarse en ellas—, esa misma sombra que resbalaba ahora por la ventana de aquel edificio de la Calle 53 a la altura de la Octava Avenida. Nueva York. El sol marchito de octubre alargaba los dedos hasta la oscuridad. Una semana acostándose al alba y renaciendo con el ocaso le habían acartonado los ojos impidiéndole casi batir los párpados.

Walden Blue tenía un despertar infantil, automático y sin titubeos, se distanciaba del sueño como quien concede una tregua pactada con éste tiempo atrás. Volvía en sí con mirada de gorrión, diluida apenas al readvertir el mundo alrededor y comprobar que nada había cambiado en su ausencia. Allí acostado, solo, sin moverse, como acostumbra un hombre al despertar junto a un cuerpo de mujer: acercándose o rehu-yéndolo; tumbado, recordando (como siempre hacía) los surcos de las pistas embarradas de su pueblo, en los que tanto le gustaba de niño hundir sus negros y descalzos pies y por donde un luminoso mediodía entre cantos de cigarra se había quedado de piedra al ver a un buey corriendo desbocado hacia él, que se convirtió al acercarse en un Ca-

dillac rebosante de muchachos de la gran ciudad trajeados, engominados y con perilla, blandiendo al aire sus pintas de cerveza clandestina, cantando y gritando como posesos a todo lo que se movía. «¡Saca el pico y escarba, nena, rebusca en los campos de algodón, sácale todo el jugo a la vida!». Y allí quedó él, boquiabierto con los pies en la zanja, y ellos trompicaron hasta desaparecer entre los pinos, esos por los que, en un amanecer brumoso de Arkansas, se había adentrado en busca de un hormiguero al que llegó siguiendo el murmullo de una hilera de obreras empeñadas en cruzar el bosque cual caravana cingara.

Walden Blue apeó sus largas piernas de la cama y en un raptó de reflexión postonírica —ese primer atisbo de claridad casi estúpida es el mayor acercamiento del ser humano a la plena consciencia— recordó las lustradísimas llaves y el cuello color ketchup del saxo tenor, el cual le había costado dos años antes 175 dólares en la Sexta Avenida y que había hecho suyo al cabo de una escrupulosa hora de probar escalas y de arduos regateos, hasta que sus dedos perdieron por fin esa suspicacia natural hacia cualquier instrumento o maquinaria que aún no les pertenece y que sin embargo, intuyen, cederá finalmente a su dominio como un caballo salvaje, indiferente, nervioso, mas no reacio y simplemente hermoso al ignorar ese vínculo con su maldito dueño. Con ayuda de ese saxofón Walden Blue hacía música, al igual que otros hacían del amor una válvula de escape de una cama a otra; Walden se ganaba la vida haciendo música, ése era su *business*, inocente (y era este amor lo que lo mantenía con vida), puro amor al arte, a diferencia de otros que se referían a sus *business* con un matiz implícito de sacrificio que empero aceptaban y cuya carga, sin más, sobrellevaban. Y en ese primer momento de lucidez reparó en su saxo sin asco ni placer, con la mirada taciturna y a la vez casi tierna de alguien que contempla un aparato al que le ha dedicado muchas horas, sudor y atención hasta hacerse con él, hasta exprimírle todo su jugo.

Al mirarlo se daba cuenta de que aquel cacharro era además el emblema de una vida interior y únicamente suya, gracias a la cual podía ir por el mundo con la cabeza bien alta, controlando con su don el flujo y tempo de su existencia, pese a que unos, como ocurre con las singularidades físicas, pudieran considerar esto un signo de humanidad

y otros una tara. Pero para Walden su saxofón era a fin de cuentas la clave de acceso a un mundo en el que de repente el fracaso, la locura, la negritud o la santidad perdían toda razón de ser, y entonces, a veces, en medio del humo del escenario, entre solo y solo, se colgaba el saxo al hombro y lo mecía como una cegadora ala dorada a la espera su momento.

«¿Y tú qué?» se reprochó, chapoteando con el pie en el agua de un arroyo imaginario. Las tres y media, la tarde se escapaba así que se puso en pie, se desperezó con esa gracia voluptuosa que ciertos músicos otorgan a cada gesto y se dirigió hacia la cafetera. El calentador estaba medio muerto, el cazo tiznado de tanto uso vespertino; se conformó con lo del día anterior. A esa hora el café no le sabía a nada: un líquido negro y caliente, un sucedáneo de su propia esencia que echarse dentro para arrancar un día más, una esencia que, ya entrado en los rugidos y el humo de la noche, devolvería al aire y a la tierra hecha sudor y música, aún más negra y caliente si cabe. La segunda taza recalentada le era imprescindible, como el segundo trago de bourbon o el segundo canuto de hierba al despuntar el alba sobre una calle cualquiera del centro en la que, por hacer amigos o por puro deleite, se homenajeaba a sí mismo con un último solo, tal vez acompañado de las pocas almas callosas que al finalizar sus actuaciones con sus respectivas bandas, se juntaban hasta que el cansancio los remitía por fin a casa, vacíos de esencia un día más. Se terminó el café de vuelta en la cama, de rodillas sobre el colchón, desnudo como un recién nacido, recomponiendo a sorbos el mundo.

Se sintió despejado; en esos primeros compases no suelen darse hombres pensantes, quizás los restos de algún sueño, nada más. Una mañana en Los Ángeles, nueve años atrás, cuando el bop era sólo un nuevo ruido absurdo, un nombre para un tipo de jazz creado casi a ciegas y puede también que algo más (un término milagroso, fecundo y críptico que nadie llegaba a entender pero sí a sentir), se había sentado en una cama parecida con el primer café, igual que ahora, y del vacío de su cabeza aún somnolienta le había brotado una idea: que él era un saxofón, así de simple, un saxofón reluciente y potencialmente perfecto a través del cual sonaban la noche y la vida. A partir de en-

tonces se sorprendió varias tardes rumiando aquella visión que acababa por arrancarle una risilla secreta de estúpida complicidad consigo mismo, aunque sin comerse nunca la cabeza.

Sin embargo esa tarde había algo más. La noche anterior, a eso de las tres o las cuatro en el *office* del Club Blanton's de la Calle 125, servían café y algunos músicos se habían congregado a tocar, escuchar y charlar sobre esas naderías profesionales con las que cada gremio de América suele capear sus frustraciones. Habían trajinado a Edgar Pool para que se sentara allí con los miembros de la banda residente (poco más que un conjunto de acompañamiento para que los músicos invitados pudieran lucirse). En ese cuarto de techos bajos, todos se dirigían a él con el respeto y las lisonjas propios de su edad y del estatus de aquel hombre singular al que habían idolatrado en el cálido entusiasmo de su juventud. Sin embargo, algo había ocurrido, y ahora Walden empezaba a recordar.

Existen hombres capaces de remover hasta los recovecos más incómodos de la imaginación, en torno a los cuales circula un aura etérea de inconformismo. Hombres autocondenados por su singularidad, y Edgar Pool era uno de ellos. Aquel oscuro tenor se había forjado en el circuito de bandas itinerantes, simples recuerdos ahora para quienes las escucharon alguna vez en sus burdas y arrítmicas improvisaciones (su único legado de esta época se fue borrando de las etiquetas de unos pocos discos, elevados más tarde a leyenda, inencontrables en su mayoría, o convertidos en reliquias de colección en las disquerías de segunda mano de la Sexta Avenida). Los orígenes de Edgar Pool se remontan a un incierto y nada distinguido entorno musical de tradición oral que pronto dejó atrás para seguir su camino. Desde sus comienzos (fueran los que fueran y cuando fueran, pues siempre ocultaba tras una mueca los detalles turbios de su pasado) se convirtió en un artista inclasificable. De estatura media, desgarbado, fino bigotillo de negro urbano que le perfilaba en torno a la boca un deje lastimero y melancólico que compensaba con maneras desenfadadas y hasta insolentes; lucía corbatas de rayas prominentes, siempre de tricota, camisas de tejido fino y zapatos de ante. Años después, con el bop ya inoculado pero sin haberse llevado hasta sus últimas consecuencias,

Walden escucharía esos discos con el saxo entre las manos, más atento todavía a los dedos que a la mente, escuchando primero el murmullo endémico de cada músico tras su instrumento. A pesar de su obstinación, Edgar había aterrizado fuera de juego en aquella época en la que lo normal era cabalgar al ritmo de las escobillas en vez de eludirlo, como sucediera luego, con el bop ya consolidado sobre los cimientos que él mismo estableciera.

Atravesó las modas, tocó a su manera incluso cuando nadie daba un centavo por él, se ganó el pan como pudo y nunca se quejó. Una noche de 1938, entró a un bar ferroviario de Cincinnati donde paraban los hampones a beberse la paga junto a sus fulanillas medio rotas (parecía dolerles la vida al primer baile), se sentó bajo un sombrero de ala enorme y tocó de corrido catorce coros de *I Got Rhythm*, ni siquiera una pausa para tomar aire y sin repetir una sola línea, con la mirada extraviada en la pared sin vida; compartió a continuación un porro con el pianista, lanzó una sonrisa plomiza, metió el saxo en el estuche y pilló al vuelo el tren para Chicago donde le esperaba un bolo en un antro burlesque.

Anécdotas y rumores como esos corrían de boca en boca por el mundillo, y cuando al cabo de un año Walden volvió a verlo otra noche en el Blanton's, los tenores más jóvenes ya habían empezado a apodarle «The Horn», pero todavía no a la cara.

Edgar Pool tocaba con método: con aquellos ojos saltones siempre abiertos, sostenía el saxo tenor de manera casi horizontal, extendido desde la boca. Esa postura tan rara le daba al instrumento un aire como de albatros metálico atrapado entre sus manos, tratando de remontar el vuelo. En aquellos primeros tiempos todavía no llegaba a arrastrarlo por los suelos, se limitaba a seguirlo en su vuelo solitario de ciudad en ciudad por toda América, haciéndolo rugir cada noche, acelerando el movimiento de sus labios pétreos en pos de aquel pico cruel en forma de boquilla, digitando su canto, un canto que llegaba a sonar humano, profundo, gutural, a menudo brutal, con un poder que ni la técnica alcanzaba a enjaular, con aquel perezoso revuelo antes de posarse al final de cada verso... Extrañas melodías deformadas. Cuando estaba hastiado se dejaba ir en un balanceo despreocupado,

arrastraba los pies en lugar de percutir con ellos las tablas, e incluso se bajaba hasta el público y se paseaba con desdén entre la gente, dejando escapar un graznido de ganso bajo tono, un ruido sin embargo procedente del cuerpo humano, magistral, soberbio, naturalmente vulgar y en su justo momento, y acto seguido se derramaba por un arco iris de notas, y acababa con un tímido trino, esperanzado y seductor.

Pero el tiempo y toda esa música y la dureza de surcar a solas la noche americana habían ido mermando al ave, entre ausencias y reparaciones, tocando año tras año aquí y allá hasta que una hornada de jóvenes tenores (chicos descalzos en su mayoría criados a orillas del Delta como Walden, o salidos de los callejones de Harlem) se había empezado a hacer un hueco a partir de su música, en la que hallaron un sentido tan potente como innombrable, no tanto en el sonido en sí, sino como brújula o piedra angular mientras él en cambio se marchitaba poco a poco, engordando, tornándose más hermético cuanto más generosos se mostraban los pianistas y bateristas llenos de entusiasmo que tocaban a su lado y que fueron testigos de un declive despojado de desesperanza o claudicación y más cercano, si acaso, a un creciente desinterés, sin perder aquella sensación primigenia de aislamiento que en su día lo hiciera emerger de entre los saxos mercenarios que pasaban de una banda itinerante a otra, hasta dar un sólido paso al frente y encarar la luz. Su forma de inclinar la cabeza, adoptada en un principio para mantener la verticalidad de la boquilla, se mantuvo siempre, pese a que luego aparecieran boquillas ya combatidas a tal efecto; aquella inclinación le concedía una apariencia infantil en contraste con su parsimoniosa manera de abordar una melodía empalagosa y no parar hasta extraerle todo lo superfluo, dejando al descubierto la dulzura inherente de la canción, en estado puro, como quien separa un metal precioso de la roca.

Walden tenía la impresión de que Edgar Pool se había jugado la vida en cada concierto, su destino pendía de un hilo y siempre le deparaba algo. Corrían tiempos de guerra la primera vez que lo vio tocar, después de haberse aprendido hasta con el alma aquellos pocos discos suyos, después de labrarse sus propios comienzos en la big band de Brahmin Lightcap que tan fuerte había pegado en Boston durante seis

meses, hasta que la sección de trompetistas al completo fue llamada a filas en la Marina y muchos de los saxos arrestados por asuntos de drogas. Después de esto había intentado escucharlo sin éxito, una vez incluso perdió el autobús para ir a verlo a Los Ángeles y se quedó colgado en Chicago y una noche entró al Blanton's y allí estaba Edgar, con la caña a cuarenta y cinco grados de su figura, tocando justo detrás de Geordie Dickson que cantaba *What is this thing called love?* con una voz temblorosa que invitaba a reflexionar al respecto. Algo se movió dentro de Walden aquella noche y decidió escapar de la órbita de las big bands, de los horarios de autobús, de las salas de baile, de la rigidez de los planes prefijados; optó por dejar la carretera un tiempo, las giras, y quedarse en Nueva York, su ciudad adoptiva al fin y al cabo, el lugar ideal para dejarse ver un poco. Pero no había sido Edgar en sí el detonante sino aquel inconformismo deliberado que emanaba de él, como alguien que busca hacerse un sitio pero no un sitio cualquiera.

Desde entonces Walden, confuso y afectado, merodeó a Edgar cada vez que éste se dejaba caer por la ciudad, pero nada hasta esa madrugada en el Blanton's se le había revelado de manera clara. Edgar había tocado con su habitual y excelente indiferencia, consciente de que ni Cleo —que tocaba el piano junto a Walden cada noche en el Go Hole, se cansaba de tocar y al igual que muchos otros músicos jóvenes (Cleo tenía sólo dieciocho años), su vida parecía no tener más sustancia ni refugio que el jazz, ni otros momentos que los que le regalaba la noche y por eso siempre acababa paseando infatigable su sonrisa por el Blanton's hasta el alba, a la espera de que algo sucediera— ni tampoco los demás que entraban y salían de bar en bar escuchando, cotilleando y alardeando de las mujeres que les alternaban del brazo, se daban cuenta. Edgar estaba allí, frente a ellos, parado entre las mesas pues no había un escenario tal, el saxo sobre el muslo. Walden se detuvo un instante a observarlo, persiguiendo con emoción una objetividad alcanzable sólo cuando menos la esperas, si no la buscas, y por un momento se olvidó de la plácida alegría de la noche al estrecharse en torno al alba, a esa hora bruja en la que todos miran en los ojos de la suerte, una suerte encarnada ahora en alguien tan inexplicablemente

te aislado de todo cuanto le rodeaba, si bien aceptaba hacer de eje del mundo que parecía gravitar a su alrededor.

Edgar digitaba desganado, ignorando de plano los rigurosos y firmes acordes de Cleo. Un leve balanceo de hombro de atrás para adelante, la barbilla retraída. El pelo le asomaba por encima del ancho cuello de la camisa, pateaba con exageración sus suelas de crepé contra el piso, y entre un solo y otro se echaba al carrillo una enorme goma de mascar bañada en bencedrina. Decían las malas lenguas que se había «vuelto maricón», había algo delicado y asexual en él. Untó un concepto hermoso con unas cuantas notas; una sonrisa aviesa tras la boquilla, el mundo pendía de él, allí, en la oscuridad, también para el solitario Walden, que comenzó a descifrar una siniestra sensación de ridículo escondido detrás de cada fraseo, de cada contoneo de caderas, detrás de aquella sofisticada y desaliñada indumentaria. En ese momento la presencia de un secreto en Edgar golpeó a Walden como un rayo.

Si el jazz había sido algo así como el viejo testamento de la raza negra —y del resto de tribus perdidas de América—, un testamento escrito noche tras noche por poetas nómadas y anónimos bajo el foco (tal como solía pensar Walden, a menudo preso de extrañas confusiones bíblicas), entonces Edgar había sido una especie de Génesis, tan inevitable e irremplazable como el principio de las cosas; y pese a todo allí estaba ahora, mascando chicle, tan flácido y refinado a la vez, tocando a cada rato aquellas notas ascéticas en un tono irónico y agri dulce propio de un ángel maldito.

Y justo entonces apareció Geordie Dickson con su cócker spaniel bajo el brazo, medio borracha, escoltada a escena entre dos blancos. Rostros sudorosos se volvieron desde toda la sala y alguien incluso lanzó un quejido afónico. Era la primera vez en diez años que compartían tablas, desde que por motivos nunca aclarados decidieran separarse. El destino había vuelto a juntarlos. Edgar la había encontrado por primera vez en un tugurio de Charleston (entonces no tenía ni dieciséis años) y probablemente ella había aceptado a la primera venirse al norte con él. Una chica maciza, asustada y amarga, un cuarto de herencia blanca, violada a los catorce por dos licoreros borrachos

en una pista rural, encerrada en un reformatorio donde la habían encadenado a un catre de hierro para que diera a luz a un bebé muerto y liberada sólo para descubrir que su familia, para entonces, se había resquebrajado por completo. Regresó a la trena por robar el cepillo en las iglesias para negros, hasta que le fue concedido el tercer grado y entonces su agente de la condicional quiso explotarla en un burdel. Intentaba con su voz mantenerse lejos de la calle cuando Edgar la conoció. Él le enseñó el sentido del jazz, le consiguió sus primeros bolos y la grabación de los discos que no tardaron en llegar, y se llevó parte del dinero que empezó a ganar con sus actuaciones apenas se convirtió en la musa de una tropa de fanáticos solitarios que sólo el jazz era capaz de congregar. Al igual que muchos otros a lo largo de todo 1942, Walden frecuentaba los clubs de la Calle 52, aguardando a que apagarán las luces y el foco iluminara aquel brillante pelo grisiento de color caoba; una rosa roja todavía húmeda sobre la oreja, sus ojos tenues candelas, piel reluciente como ébano encerado y entonces los primeros acordes graves al piano de *I must have that man*, para oír, junto a los demás presentes, el deje, la dulzura y el pulso de aquella voz que sin juicio previo ni acto de voluntad mediante, era aceptada con unanimidad y hechizaba a todo el que la escuchase.

La gente la seguía a todas partes (incluso sin tener la menor idea del panorama que iban a encontrarse aquella madrugada en el Blanton's). Sus grandes pechos, separados, los pechos de una mujer que se ha pasado la vida de rodillas, trabajando o rezando; pechos coronados con enormes pezones cobrizos, pechos irreductibles, concebidos para saciar hambres infantiles, no de hombres adultos. Toda aquella elegancia (la capa caída dejando asomar los hombros, un sencillo collar de perlas, la rosa titilante de humedad), sus carnes y esa osamenta pesada y a la vez grácil daban la impresión de que su cuerpo siempre parecía recién materializado, surgido de la nada un momento antes para hacerse palpable allí frente a todos, con una delicadeza en cada gesto que quitaba el aliento: ocultaba su fragilidad tras un extraordinario poderío físico por el que rezumaba casta de artista en cada poro. Derrochaba fecundidad y la irradiaba como un perfume por dondequiera que pasase, una esencia sublime y llena de vida que quedaba

colgada del aire como denso rocío, sugerente, salvaje, incluso pasada de copas; esa figura oscura, enigmática y rebosante de feminidad parecía aun más mujer cuando separaba ligeramente las piernas y seguía moviéndose como a ciegas, sumisa a la naturaleza voluptuosa de sus caderas, pura energía que se propagaba tanto por sus indómitos y trémulos muslos como por aquel rostro de expresión incompleta que ardía en secretos deseos.

Edgar tocó sin patinar por una sola nota, pudo ocultar al resto de la sala que la expectación y las emociones allí desatadas le golpeaban también a él. Siguió tocando en otra dimensión, fuera del tiempo, con ella sentada a escasos tres metros y un spaniel pataleando en su regazo, una nariz húmeda husmeando el borde de la mesa, ojos como platos mientras ella, mirada perdida, se acomodaba, saludaba con la cabeza y susurraba algo en el oído de sus acompañantes. Estaba arrogantemente borracha, sensual en esa opulencia que sólo una mujer en el candor de su declive es capaz de alcanzar; y muy cerca Edgar Pool, pálido, delicado y con cierto aire afeminado. Por extraño que fuese, ella había sido siempre respetuosa con él, incluso ahora que se paseaba con una cohorte de blancos que la llevaban del brazo, que le subían la cremallera y le abrochaban los colgantes; ni cuando el fantasma del dinero fácil la arrastró a un ritmo de vida vertiginoso y colmado de privilegios había olvidado aquel respeto felino, resentido y leal que sienten muchos plebeyos por su príncipe.

Bebía ahora con ganas de una petaquita de piel de tapón plateado; las pupilas dilatadas y humedecidas. El spaniel en el regazo, en calma, se dejaba acariciar y tamborilear y zarandear.

Edgar concluyó su estrofa y dio paso a Cleo al piano, que nunca tocaba solos, y al que por tanto el horrible abismo de esas treinta y cuatro líneas en blanco se la traía al fresco, lejos del terror que sembraba entre otros músicos solistas. Dándole la espalda a ella, Edgar se dedicó a mascullarle algo al baterista.

Esa presunta indiferencia ponía a Geordie sobre aviso de que en el fondo estaba enchufado, pendiente de su más mínimo gesto en el calor de la sala. Pero en cambio él prefería su coraza irreductible, el despiadado orgullo con el que jugaba a hacerse la víctima. Si pudiera

tan sólo romper su armadura y dar un paso al frente. Decían por ahí que él la había iniciado en su adicción a la morfina, hábito que trató de superar cuando empezaron a mermar sus numerosos compromisos y por supuesto su voz. Otros opinaban que el amor entre ellos había sido un burdo montaje, una parodia sensacionalista empeñada en vender el lado más sombrío de ambos artistas, tan distorsionado y contra natura como el propio Edgar.

Ella empezó a parlotear con viciosa afectación apenas él arrimó la boca al saxo para emitir un aullido ventoso, pendiente él también de la charla y de todo lo demás pese a su plácida y castigadora pose de indiferencia (no sólo hacia ella sino hacia el mundo entero), su forma más íntima de expresar una sentida e inconmensurable sensación de superioridad. Geordie, la boca temblorosa, cruel, sensual, siempre al borde del desmayo a causa de quién sabe qué funesta idea. Aquella boca había aprendido a dominar el arte de la contención, frágil, sofisticada. Sus ojos brillaban sin descanso como queriendo ocultar algo más y cuanto más la miraba Walden, todavía en aquellos eternos primeros compases sobrecargados de tensión, más se daba cuenta (como si el destino, al cabo de tantos años, lo hubiera impelido a ello en esa precisa madrugada) de la esencia subyacente en toda aquella escena: advirtió las arrugas que habían empezado a instalarse en su cuello, los polvos caros que en lugar de vello oscuro se extendía por sus axilas, y supo entonces que había una falla en donde no la había habido hasta entonces, una falla que le había esculpido una cruz negra en la frente; acto seguido volvió a percibir a la mujer de carne y hueso, levemente ajada por unos efectos, decían algunos, que le habían pasado factura incluso al perro.

Edgar decidió, llegado el momento, tocar con dulzura, como una desapasionada burla final ante los sentimientos que muchos de los presentes hubieran albergado en ese mismo lance. Sonaba con desarmada debilidad, serio pero no en serio, oculto en una tremenda ironía que le arrancaba del tiempo. Era como si el prístino pathos de su tonada llevara implícita la renuncia del pasado, su renuncia a todo poder superior a su insólito y autodestructivo don. Y en ese momento, justo antes de que Geordie despegara los ojos de él, el saxofón

que colgaba otra vez del muslo se alzó y sonó por un segundo con el correspondiente vigor que de él se esperaba, para luego descender al vacuo y sensiblero sonido de antes, como si intentara avisar —como bien advirtió Walden— que nunca sería esclavo de nadie, ni siquiera del genio en su interior. Su secreto más íntimo era también su mayor obsesión: esa nota que tan cuidadosamente se encargaba de omitir.

A Walden aquello le pareció un compendio de máscaras superpuestas sobre el callo de su alma. Se rumoreaba que Geordie había logrado despojarlo de todas esas máscaras, una por una, movida sólo por el deseo de asomarse a su interior, y había sucumbido a una total desesperación. El secreto debía residir en lo amorfo y genérico de un anhelo, enquistado e inamovible, dada su perenne incapacidad para satisfacerlo, inexistente en mujer alguna, un misterio continuo, enervante e insalvable para ella; algo peculiarmente masculino, el emblema final de la imperfección, la impotencia, y al mismo tiempo algo con una capacidad aterradora de herir y de crear, como un jeremiaco y furioso poder frente a la debilidad ajena.

Así que allí estaban ahora, totalmente solos a la vez que juntos y encerrados en una sala llena de gente, haciendo lo indecible por ignorarse, mientras Walden adquiriría la certeza de que Edgar seguiría tocando toda la noche si hacía falta, se reventaría un pulmón, se arrancaría la piel a tiras con tal de anularla, y no porque ella le importase un pimiento, no era por ella, sino por él mismo. Ya había entre los presentes quien se devanaba los sesos para hallar la manera de contar al día siguiente a sus colegas lo que estaba presenciando: «Tremendo, amigos, fue sin duda el final», pero se hubiera quedado corto, y para cuando los rumores llegaron a Los Ángeles, Kansas City o Chicago, una auténtica leyenda subterránea al respecto circularía desarrollada e in crescendo de boca en boca, de año en año, por los vasos comunicantes del chismorreo neoyorkino, fabuloso, homérico.

Cleo era de los que no se casaba con nadie, se mantenía al margen, sin dejar de alternar vistazos entre Edgar y Geordie, no con el disimulo y el suspense de los otros sino una mirada clarividente, compasiva al tiempo que tocaba con sus manitas los acordes que Edgar había escogido para humillar a la tristeza: sus labios soplaban y parecían de-

cir: «Oh, no, ¿y al final para qué? Oh, no, ¿por qué? No...». El mismo fraseo por encima de toda la letra de la canción, con un tenue swing de caderas.

Walden estaba perplejo entre todos esos ojos horrorizados al constatar la avidez con la que los labios de Geordie se aferraban al cuello de su petaca, el spaniel alzaba la vista para mirarla con el mismo desconcierto que la audiencia. Hasta el propio Edgar había lanzado en secreto un reojo de desprecio por encima del saxo, un gesto que le hizo pensar a Walden en el Ángel Negro encarnado en *The Horn*: un demonio salido de las noches lluviosas y terroríficas de su infancia, aquellas en las que su madre trataba de leerles pasajes de una Biblia heredada de su abuela mucho tiempo antes en una aldea cenagosa, donde madre e hija lo habían entendido todo al revés y acababan resignándose en un hondo suspiro: Satán era un navajero, Babilonia un club nocturno de Georgia y los ángeles caídos ciervos negros al galope por el bosque o chicos de ciudad a bordo de un Cadillac y hasta Jehová se ocultaba bajo las sábanas del Ku Klux Klan y todo el mundo estaba para siempre condenado. Edgar era un ángel negro de los pies a la cabeza y Walden lo supo sin más. Así como muchos citaban la Biblia y apelaban a su severo efecto laxante, él trataba, al contrario, de pensar en ángeles y afines. No es que ahora creyera en ese tipo de cosas, no hacía falta siquiera, pero a veces, mientras tocaba con la mirada fija en la roseta de algún foco para concentrarse, le venía a la mente la posibilidad de un cielo o de una vida decente a la que aspirar, a ciegas, como cualquier otro hombre.

Si se hubiera conocido mejor a sí mismo, lo inconsolablemente ambiguas que son las aspiraciones de los hombres, habría podido entender que lo que había hecho era imperdonable. Pero no entendió nada, como tampoco sabía nada de la secreta pugna de todo ser humano por definir su existencia (por mucho que en lo más profundo de su alma no anhelara más que a una simple nota musical capaz de tornar la discordia en armonía), así que al caer en la cuenta de haberse emplazado, saxo al cuello, junto a Edgar, para irrumpir en la estrofa de *Out of nowhere* que éste estaba tocando, sólo sintió el mismo pánico de diez años atrás al subirse por primera vez a un escenario y hacerse

sitio con su alto entre la percusión. Sólo que ahora era peor pues se había saltado todo un protocolo subterráneo de leyes no escritas pero observadas hasta por los novatos más imberbes y desprovistos de estuche donde guardar un saxo por lo común de segunda mano. En efecto, existía un protocolo en el que no se contemplaba la menor prorrupción por parte de ningún espectador, fuera éste quien fuera. Y a pesar de todo, Walden (a quien los demás músicos tenían por un tenor de fiar, buen improvisador y de fraseo fácil, pero todavía sin un camino propio) se había plantado allí a retar al por todos venerado Edgar Pool, venido a este mundo para tocarlo todo y a quien se le perdonaba cualquier excentricidad con tal de no contrariar a su eminencia, The Horn, ése que a nadie, por pura historia sentimental, se le habría ocurrido desafiar. Lo de Walden fue insólito.

Así que se internó por los doce compases siguientes manteniendo una línea simple y colorida. Edgar, con la boquilla entre unos labios relajados, lo miró de reojo, sorprendido primero para luego dibujar una sonrisa con la que parecía advertir a Walden que fuera preparándose para ver su osada estupidez reducida a pedazos, compás a compás, nota a nota. La afrenta había causado estragos entre el público; el ambiente era gélido, el silencio cortante, y Walden iba cobrando consciencia de lo que estaba haciendo y parecía decirle a todos: «Sí, he violado el protocolo, la ley» y luego: «Lo único que sé es que tenía que ocurrir y ésta era la única forma». Y con eso parecía ponerse a salvo todo juicio en su favor o en su contra, adentrándose solitario en una tierra de nadie. Sólo Geordie seguía impertérrita, sonrisa lenta y trémula, jugando con las orejotas del spaniel.

Edgar replicaba con facilidad, sin problemas para satirizar cualquier propuesta de Walden, la tocaba de tres maneras distintas y se quedaba a la espera con el saxo al cuello y una sonrisilla confiada. La batería sonaba a la perfección por encima de los acordes de Cleo al piano. Walden empezó a menear el hombro, tocando con dulzura cuando era su turno, consciente de que a partir de ahí irían a seis compases por barba para abreviar el tiempo y luego bajarían a tres compases en los que hay que hacerse oír claro y conciso, un último asalto en el que fallar una nota era el fin.

Edgar arrastraba los pies a su lado, tocaba como con una sola mano, croando, rebuznando y hasta parodiando a Walden, sólo sus ojos daban señales de vida, saltones, mordaces, dos puntos negros sembrados de ironía y de rabia. Walden se miró en esos ojos y se descolgó por un fraseo conmovedor que quizás otro Edgar desdoblado hubiera tocado alguna vez, y con esto su alma cándida trataba de expresar su ciega creencia de que «no todo debía hacerse a la manera de Edgar», a quien amaba por encima de aquel intento salvaje de ridiculizarlo, pues la batalla no era contra Edgar sino contra el lado oscuro del ángel negro enquistado en él, un intento desesperado por devolver algo de luz a la música.

La cosa se fue calentando, los tiempos se estrecharon. Cleo contemplaba a Walden como quien mira a cualquier tipo descalzo tocando en una esquina del barrio, adelante con sus acordes imparciales como la ocasión requería, decantándose cuando podía, y así lo delataban sus ojos inocentes, por aportar algo de dulzura al todo.

Walden miró a un sudoroso Edgar que acometió sombrío cuatro compases de la melodía principal, signo inequívoco de que arrojaba la toalla, incapaz de retomar el pulso. Y entonces Walden regresó contundente y supo (con una certeza que le costaba asumir) que su tono había sido más cálido, justo el que siempre había querido reivindicar, y ahora una dicha inexplicable le robaba el aliento.

El silencio se estrelló en el justo devenir de la música. Para entonces los prejuicios de la audiencia se habían venido abajo. Ahora Walden escuchaba entre frase y frase la voz quejumbrosa de Geordie diciendo: «Sigue tocando, tócalo», con la mirada perdida lejos de allí, mecándose de atrás para adelante, los ojos entornados, prendidos como ascuas que destilan agua hirviendo sin confesar por quién, jamás lo diría, pero estaba claro que para ella Walden había sido el campeón de un duelo con luz renovada al final.

Edgar se arrastró al frente y tocó cuatro compases en un cacareo casi demencial. Codo con codo, tenor con tenor, el arte competía en estado puro, vertiendo la esencia de sus vidas separadas, un par de chiflados de la América profunda, esa América revelada sólo a unos pocos trovadores furtivos capaces de recorrer de punta a punta los

bajos fondos hasta las barreras del sonido, esa tierra capaz de agriarle el alma a los hombres, de abatirlos y al tiempo despertar en ellos apetitos e inquietudes ya por siempre insaciables.

América había dejado su impronta en los dos. En el balido incedentemente, furibundo y altanero del saxo con el que Edgar invocaba el rugido de un Cadillac por la autopista con un chaval de sonrisa pánfila al volante, intentaba convertir praderas en cementerios de chatarra oxidada, en cárceles atestadas de alaridos idiotizados, en manicomios y asambleas legislativas; una suerte de último impacto mortal contra una pared. Walden, más preocupado de alumbrar el cielo que de tomarlo por la fuerza, tenía también ese punto de locura naïf necesaria para proponer una nueva forma de vida y arrastrar hacia ella a un montón de almas desnortadas, diseminadas por todas las ciudades del país, de plantar un pastor evangélico en cada plaza atea, o un visionario en cada bar de carretera; con el ímpetu de los excéntricos, de los poetas, de los que recogen autoestopistas de las cunetas por una cantidad a convenir, de esos que ordenaron levantar ciudades al final de los más inverosímiles caminos y mandaron luego a alguien a ver qué tal había quedado todo.

Ahora, tras habérsela ganado y gracias a ese mismo protocolo tácito, Walden tenía la última estrofa entera para sí, pues se entendía que había sido él quien «rompió la baraja», de modo que Edgar se hizo atrás. Por una parte había un vencedor que se había aventurado a saltarse las normas y por otro el vencido que, sin nada que perder, se atení sumiso a su observancia, y eso hizo Edgar. Para cuando el baterista señaló el final de aquel duelo extático que había terminado por eclipsar incluso a Geordie, el público llevaba un rato puesto en pie, y allí había quedado ella, inmóvil entre el estrépito, los gritos y las fervientes risotadas, sola, afectada.

El momento de gloria de Walden se apagó con un escalofrío de aprensión al hacerle una reverencia a Edgar, con el brazo extendido hacia él como si tratara de recuperar su pose erguida. Edgar, sin soltar el saxo, apenas lo fulminó de soslayo con rabia, puede que nunca antes hubiera mirado así a nadie, y ahora, con Walden a su nivel, tampoco podía decirse que hubiera malicia en aquella forma de co-

responder con la mirada, tan sólo un velado homenaje a su proeza y a su determinación. Ésa era la recompensa de Walden: la mirada perpleja de otro hombre cuyos esfuerzos por reducir su orgullo a cenizas han fracasado. Una mirada asomada a un futuro del cual podrían desprenderse consecuencias funestas pese a la sonrisa agria tras la que intentaba contener el embate de la náusea. Walden se hacía cargo de lo miserable que Edgar se sentía, horrorizado consigo mismo, como un borracho que en lo peor de la resaca encara su propio rostro desahuciado ante el espejo, con los ojos apagados, consciente de que ni siquiera el horror que siente aplacará su ansia de seguir bebiendo hasta la muerte.

Acto seguido Edgar enfundó el saxo e inició su retirada a tropicónes, deteniéndose sólo un instante al pasar junto a Geordie para dejar escapar algo imperceptible de sus labios pétreos y perderse luego tras el público que se abría a su paso. Walden permaneció inmóvil, con la mano extendida a media altura, viendo cómo se alejaba.

Cleo, acodado al piano, lo seguía también con la mirada, los ojos húmedos, señal de alarma, la voz quebrada al decirle a alguien por lo bajo: «Atrápalo antes de que se mate, vamos», hasta que él mismo, alma siempre en pos de la dulzura, corrió tras él sin mirar a los lados.

Walden se quedó solo bajo el foco, aislado en y por su hazaña, sin aliento, sintiéndose otro, como alguien que, con un impulso surgido de lo más hondo de su alma, acaba de darle un vuelco repentino a su vida y levanta la cabeza, todavía asombrado, para descubrir un nuevo orden moral a su alrededor. Sólo Geordie fue capaz de romper su burbuja al pasar junto a él y dejar a su paso un denso aroma exhausto, resignado, sobrio para entonces.

Durante un segundo habían compartido una afinidad absurda, impersonal, en la que ella había llegado a murmurar: «No te preocupes, no te molestes siquiera. ¿Sabes lo que me dijo?, me dijo: “Suena bien este chico”, eso es todo, así que quédate tranquilo, encanto».

Le dedicó a Walden una última sonrisa perdonavidas al tiempo que sus acompañantes se apresuraban a apartarla a ella y al spaniel de los focos, y sin saber por qué él entendió que era Geordie quien estaba de verdad preocupada. Por fin se esfumó y allí quedó él consigo mismo,

entre toda esa gente que lo conocía de años y que ahora parloteaba y hablaba de él como si se hubiera convertido de repente en un perfecto extraño. Se limitó a mantener la cabeza bien alta y capear con hombría la lluvia de elogios.

Sentado en la cama a la tarde siguiente, a golpe de café, fue reconstruyendo con claridad cegadora todo lo ocurrido. Se levantó, temblando aún entre recuerdos, para servirse la segunda taza y ya de paso aceptar con una deportividad casi estúpida que aquél era el primer día de su vida.

Cierto que se sabía portador de una nueva luz, y eso estaba bien, pero también sabía que no bastaba para resolver los conflictos del alma humana. Edgar había escapado, en un raptó de hastío y desesperación, de la luz contra la que se había revelado, había renunciado porque ya nunca emanaría de él. Walden sentía un vértigo frío, tantas horas después, sólo de pensar en el poder que un individuo podía llegar a ejercer sobre otro; sintió asco de su recién adquirida confianza en sí mismo, si bien no podía condenar el impulso que le había movido a jugársela así. Las consecuencias de un gesto tal podían ser tremendas y al menos él no alcanzaba a avistar el alcance del suyo. Se había apoderado de las tablas de una vez por todas y había hallado por fin su propio estilo, un estilo que de ahora en adelante estaba condenado a conservar.

Así que llegó a la conclusión de que durante una de aquellas agotadoras e innumerables sesiones como segundo saxo de una banda itinerante, también Edgar debió sentir aquel impulso irrenunciable hacia un compromiso único en la vida y que implica dar un paso al frente, sin dudarlo, romper con lo establecido y ser uno mismo al saxo (y uno con el saxo) por primera vez, algo que sucede después de rebuscar en las fuentes del ser y pulsar las llaves hasta vaciarse, casi siempre antes del alba. Ése era el único secreto y ahora Walden se preguntaba, atónito ante las nuevas perspectivas, cómo sería su final.

De pronto se vio allí, junto a la cama, sorprendido ante su propia desnudez, consciente de haber atravesado a solas un mar de sueños mañaneros mientras el resto del mundo seguía adelante atareado como siempre, infestado de preocupaciones y manías que aumentan

con la edad al despertar cada día más viejo, al romper esa tregua con el sueño y el sueño como único remedio contra la discordia del mundo. A partir de ese día no tenía otra que luchar con uñas y dientes por su vida y su concepción de ésta por medio de un saxo tenor.

Aquella sabiduría recién adquirida se cernió sobre él, provocándole una sensación de solitaria calma, una insinuación profética a tomar una senda prefijada e ineludible. Luego, mientras se subía los calzoncillos, recordó las palabras de Cleo la noche anterior: «Atrápalo, antes de que se mate». Se preguntó si aquello era también parte de lo inevitable y al momento lo dejó estar para terminar de vestirse. Su primer día en aquel territorio extraño, desolado, y sabía de sobra que era imposible desviarse nunca más del camino que desde ya lo apremiaba.